
El profeta y el desierto de la existencia humana

Rainer Sörgel

Queridos hermanos y amigos,

¿cómo podemos acercarnos a este texto? Pues, a lo mejor conviene comenzar con decir algo sobre el género literario de esta narración. Es una leyenda, una leyenda tal como las encontramos más tarde en la hagiografía de la historia cristiana. Lo típico de una leyenda consiste en que en ella se nos presenta el hombre santo y la mujer santa a modo de un ideal humano. Este hombre de Dios, llevado y conducido milagrosamente, se enfrenta como yo perfecto y como personaje completamente desarrollado a un mundo chocante, discrepante, enemigo y extraño. El santo y el mundo simplemente no pegan. En este sentido, las leyendas son algo como escenas en las que aparece una parte de la existencia humana ya curada, sanada y salvada, que hemos de leer como posibilidades (y no imperativos) para la propia vida. Frente a la crítica que desde el mundo protestante se ha hecho al exagerado culto de los santos, por lo menos cabe decir que, evidentemente no participamos de la excitante *dulía* (veneración) de los santos de nuestros hermanos católicos, pero sin lugar a duda compartimos la misma psicología que necesita crear una y otra vez leyendas y hagiografía para inspirarse en ella.

Así que nuestro texto sobre Elías es una leyenda, la narración de un santo. Para ser más exacto habría que matizarlo todavía. No sólo es una leyenda, sino es un determinado tipo de leyenda: una *leyenda de lo incompleto*. La diferencia está en que mientras que en la leyenda se nos presenta el santo como un ideal humano ya completo y acabado, en la *leyenda de lo incompleto* este personaje todavía está en desarrollo, en proceso de llegar a ser, recorre todavía el camino de individuación. Es decir, en nuestra narración acompañamos a nuestro hombre de Dios en una situación típica de flaqueza, de debilidad y de crisis, todavía sufre y comparte todas aquellas miserias y flaquezas que conocemos nosotros. Por eso nos parece mucho más humano, cercano y comprensible. La *leyenda de lo incompleto* nos quiere enseñar: así son las tragedias que sufrimos los hombres. Sin lugar a duda, en la actualidad son estos los santos que disfrutan mayor credibilidad, como dice Stefan Zweig:

"...nuestra generación ya no quiere venerar sus santos como personajes divinos enviados desde el más allá, sino los quiere ver precisamente como los más terrenos y humanos entre los hombres".

Así que, una vez determinado el género literario, es fácil divisar que la situación de flaqueza, aquella situación típica con la que el texto quiere que nos identifiquemos es la crisis y angustia que Elías sufrió y que queda representada por su estancia en y paso por el *desierto*. De la manera que el *desierto* se convierte en figura y símbolo que quiere conectar con nuestra propia realidad vital. Destacaremos a continuación tres paralelos.

I. El desierto representa el ser liberado de toda determinación ajena

El desierto de Elías representa aquella situación cuando nos libramos de toda determinación ajena. Para comprender esto tenemos que remontarnos un poco. En el trasfondo de nuestro pasaje tenemos que ver con dos conflictos: el conflicto entre el culto a Baal y el culto a Yahvé, es decir entre politeísmo y monoteísmo, y el conflicto entre el rey y el profeta.

Ante todo el encarnado y sangriento conflicto entre el culto a Baal y el culto a Yahvé sólo es comprensible si se tiene en cuenta lo que supone el monoteísmo y el profetismo para la evolución del concepto del hombre. El culto a Baal estaba caracterizado por lo que Gerhard von Rad llamó la "exageración y la disolución del yo", en el sentido de que se tendía - como en general los cultos míticos - a fundir y amalgamar el propio yo del hombre por medio del éxtasis y del trance con el inconsciente colectivo. En el éxtasis los profetas de Baal estaban fuera de sí. En cambio, el Dios de Israel, Yahvé como *persona* reclamaba y buscaba al hombre como individuo. Dios y hombre se encontraban uno frente al otro a modo de un diálogo consciente, personal y responsable, y esto crea una conciencia humana totalmente diferente. En el éxtasis de sus vocaciones, los profetas de Yahvé cobraban una mayor conciencia de sí mismos, se sentían afirmados en su personalidad y más conscientes de sí mismos. El individuo cobraba una unicidad y dignidad antes no conocidas. Esta es la razón de la encarnada lucha por parte de Elías y los profetas contra el politeísmo y los cultos míticos. Bajo la impresión de sus vocaciones, en los que los profetas se sentían llamados como individuos, fue la primera vez en la historia humana que este pequeño e aparentemente insignificante "YO" se separa de la conciencia colectiva y hasta se enfrenta a ella. Si hoy preguntamos ¿qué hay en el trasfondo de tales matanzas (400 sacerdotes de Baal)? La respuesta seguramente tiene que ver con la imagen del hombre tan diferente entre politeísmo y monoteísmo. Porque una determinada teología siempre va a suscitar una respectiva psicología. Por eso no da igual la idea de Dios que tenemos. Nuestra fe hace algo con nosotros que nos determina en nuestra estructura psíquica.

La autoconciencia del profeta ha sido tan fuerte que al conflicto entre Baal y Yahvé tenía que seguir el conflicto entre rey y profeta, ante todo cuando - como en nuestro texto - el rey se convierte en promotor del culto a Baal. De la manera que en este conflicto ocurre que el profeta, que lucha encarnadamente para conservar lo que podríamos llamar la fe que posibilita la individuación del hombre, tiene que huir del rey, representante del culto politeísta y del poder colectivo. Y el *desierto* aparece como el lugar característico que tiene que atravesar el hombre que quiere ser liberado de las determinaciones ajenas. Es como dice el filósofo Hegel:

"Por la irrupción de la auto-conciencia nos hemos convertido en unos desterrados y expatriados en este mundo..."

La pregunta que nos plantea el *desierto* es, ¿qué somos en realidad cuando ya no nos definimos por ningún rey, partido, raza, confesión, sociedad, club, ni por la banda de los amigos ni por la pareja? ¿qué queda de nosotros y qué es nuestro *yo* cuando nos desprendemos de todas las autoridades y sobre-yos que nos habían dado identidad, de todos los imperativos que se nos quiere imponer, y de todos los roles que la sociedad quiere que cumplamos? Cuando esto ocurre, pasamos por el desierto de Elías, donde sufrimos la angustia de segregación, pero donde también recorremos el camino de la individuación. Lo cual me parece fundamental en un tiempo de globalización y de movilización de masas como es el nuestro.

II. Encuentro con el sinsentido y vacío de la propia existencia

Otro aspecto del *desierto* es el encuentro con el sinsentido y el vacío de la propia existencia. El profeta Elías había realizado una serie de hazañas extraordinarias, había puesto en práctica una misión gigantesca a la que se sentía llamado por Dios y había obtenido una victoria monumental: enfrentarse al rey Ajab, realizar la señal con la lluvia, estar milagrosamente en casa de la viuda y finalmente enfrentarse a Israel y a los profetas de Baal en el monte Caramelo. Y ahora, una vez terminada su gran obra, cae en una depresión, desea la muerte, ya no ve sentido en lo que había hecho, la percepción de la realidad se le tuerce y todo se pone negativo y oprimido.

Esto lo conocemos también nosotros. Muchas veces en la vida ocurre que después de haber realizado una gran obra, de haber hecho un enorme esfuerzo caemos en una depresión. Todos hemos oído de la depresión posparto. O después de haber trabajado toda una vida, muchos sufren una depresión al jubilarse. Cuando las madres se han esforzado durante años

en educar a sus hijos y hacerles de todo, de repente, cuando han salido de casa, parece que el vivir no tiene sentido. También después de una separación de pareja o de la muerte de un ser querido puede parecer que la función que el otro había dado a nuestra vida deja un vacío que no conseguimos llenar.

De la manera que nos preguntamos ¿qué somos sin nuestros trabajos, tareas, misiones, quehaceres y vocaciones? Ya Erich Fromm se había planteado la famosa pregunta: "Tener o ser". Parece como si nuestra vida sólo tuviera sentido y contenido por aquello que tenemos y hacemos, por nuestros trabajos y obras. Si lo perdemos caemos en una depresión porque nos vemos confrontado con lo que queda: nosotros mismos y el vacío de nuestra existencia. Entonces estamos con Elías en el desierto - y cuando más heroica y activa ha sido una persona, más sufre ahora en el desierto.

Por eso, el hombre hace todo lo posible para evitar tal estado de vida. No quiere ser confrontado consigo mismo, con su vida, su personalidad y su ser. Vive totalmente en el *tener* y evita como puede el *ser*. Y más que nunca vale la afirmación de Blaise Pascal quien decía que: "...toda desgracia del hombre proviene de su incapacidad de permanecer tranquilo en su casa". Quiere decir que no somos capaces de aguantarnos a nosotros mismos ni siquiera 20 minutos, sin distracción y sin distraernos en miles de actividades y sin meternos con los demás. El pensador danés Kierkegaard nos diría que, es porque tenemos miedo de descubrir que al fin y al cabo no tenemos nada en qué apoyar nuestra existencia. Por eso huimos tanto del encuentro con nosotros mismos y nos refugiamos en el activismo religiosa y hasta con el pretexto de mejorar al mundo intentamos huir de la pregunta por nuestro *ser*. A lo que Hermann Hesse nos respondería:

"El mundo no existe para ser mejorado. Tampoco vosotros estáis aquí para que se os mejore. Estáis aquí para enriquecer al mundo con ese sonido, con ese matiz y con esa huella... ¡Sé tú mismo! - entonces el mundo será rico y hermoso. Si no eres tú mismo - es decir si eres un cobarde y un mentiroso - entonces el mundo te parecerá pobre y necesitado de mejora."

III. Experimentar la benevolencia de la vida

Elías nos ha enseñado que la fe en Yahvé nos interpela como individuos de la manera que no cabe ya definirse por ningún colectivo ni esconderse detrás de ninguna otra persona. También nos ha introducido al desierto como lugar en el que se nos confronta con la cruda realidad de nuestro ser. Todo esto es algo como un camino de individuación en el que la crisis y depresión del desierto parecen inevitables. Ante la pregunta de cómo se puede superar esta

depresión llegamos al último y más positivo aspecto del símbolo del desierto: El desierto también es el lugar que simboliza la benevolencia de la vida, representa el carácter gratuito de nuestro existir, señala la justificación general de nuestro ser que finalmente nos capacitará para enfrentar el futuro - ya que todos tenemos *todavía un camino muy largo*.

Después de haber llevado a cabo su hazaña y después de la amenaza de la reina Jezabel, Elías entra en una depresión. Parece que ya no sabe como enfrentar el futuro. Se queda bloqueado, no hay salida. Su ministerio le parece insuficiente. El profeta se encuentra en un socavón, huye al desierto donde desea la muerte. Instintivamente emprende lo mejor que cada persona deprimida puede hacer: dormir, comer y beber bien y volver a dormir. La actual psicología todavía afirma que el primer paso para mejorar la situación de un depresivo puede ser una buena comida.

En el caso de Elías toda esta experiencia, tanto el *sueño* - del que es despertado por un ángel - como la *comida* - que se le ofrece de modo milagroso -, está sumergido en una esfera asombrosa de algo sobrenatural y divino. En el *ángel* es un poder del espíritu que representa el mundo divino. Ahora el *desierto* es el lugar en el que el hombre es alimentado, es protegido y es llevado milagrosamente sin de que él mismo pueda explicarlo ni merecerlo ni procurarlo. El hombre únicamente experimenta: puedo comer, puedo beber, puedo dormir, puedo estar y ser, hay un poder (que llamamos Dios) que verifica mi vida sin hazañas; experimento la existencia de una persona absoluta que quiere y desea mi persona condicionada y limitada. En fin mi vida es un regalo que posee valor y dignidad en sí mismo. Sobre esta base soy capaz de continuar con mi camino y enfrentar el futuro.

Esta experiencia es lo que luego se llama en términos jurídicos "justificación del impío" - el meollo de la tradición evangélica. Martín Lutero la llama la "justicia pasiva" - porque es una obra que "Dios realiza en nosotros" y nosotros estamos tan pasivos como Elías durmiendo en el desierto. La respuesta de Lutero a este descubrimiento es similar a la de Elías: "me sentí totalmente renacido...Si antes había odiado con gran encono la frase 'justicia de Dios', con tanto más amor la ensalcé ahora porque me resultaba dulcísima."

Y como justificados podemos levantarnos para ir del desierto al Horeb, de la crisis que supone la vida humana a lo que podemos llamar "vida divina". Porque también a cada uno de nosotros *nos queda todavía un camino muy largo* que hemos de recorrer.

Amén.